

Amigo mío, mi amigo, Atenas era democrática, el pueblo entero gobernaba. Pues bien, Sócrates, ciudadano de Atenas que quiso que los hijos de su patria llegasen a ser los mejores, ese sabio, una tarde de abril, bebió la cicuta. Pero sesenta años más tarde no había más pueblo: Filipo era amo de Atenas.

A. J. FESTUGIERE.

Traducción de Héctor Ciocchini.

LA LECTURA

Esta formación fundamental nuestra: leer, requiere la atención más esmerada; por la calidad de sus lecturas conocemos las inclinaciones y el valor de una época; por la lectura se une la conciencia a la universalidad de saber y apreciar, de entenderse y abrirse un camino en sí misma; por la lectura oímos y amamos juntamente a los antiguos y a los modernos, penetramos en la indagación secreta de un alma, abarcamos la extensión humana sobreviviente y actual en lo escrito, en lo pintado y esculpido, porque todo arte es escritura; por la lectura se hace nuestra la riqueza incalculable que es una en la diversidad de los idiomas; la amistad de los libros nos ofrece una felicidad y un refugio, nos otorga el placer exquisito de participar en nuestro retiro de la voz de todos los tiempos; empezamos a leer desde niños, y en la niñez, con los primeros textos, podemos casi afirmar que esa lectura nos ha forjado ya en gran parte. Sin impedírnos el desorden ansioso de las primeras lecturas, la escuela nos inicia en una tradición y un método.

La actividad de la lectura escolar está hecha de tentativas de interpretación, de sugerencias y descubrimientos, de relaciones literarias y gramaticales. El niño y el maestro meditan ante la página, investigan su contenido, lo que el autor se propuso decir, penetran en la organización del pensamiento, en el análisis de las ideas, en el orden; confrontan las imágenes con la realidad, los sentimientos con la experiencia interior —el niño empieza a tener cierta experiencia—; comparan con la sensibilidad y el estilo, de paso, la lengua escrita con la lengua hablada, la lengua literaria con la común, la común con la popular o regional. Se pen-

tra en el vocabulario, se define o se muestra, con el conocimiento de las cosas, la significación de las palabras; se las aprecia en el contexto. La enseñanza gramatical tiene en la lectura explicada su base permanente.

La gramática irá descubriendo la estructura sabia del idioma. El niño estará iniciado en la composición literaria. Empecemos, por medio de la lectura, a educar sus sentidos, a hacer que exprese acertadamente sus sensaciones. Una imagen visual evoca, en el texto, el otoño. Detengámonos en la evidencia de la imagen, en los substantivos, en la adjetivación, en el color, en el movimiento, en la frase expresiva o poética, en la extensión y armonía de sus articulaciones, de sus pausas. Un adjetivo sin plasticidad ni color, ilumina la representación de las ramas casi deshojadas, menos densas. ¿El color de las hojas de otoño? Los niños conocen las hojas de otoño rojas, ocres, amarillas; quizá alguno vió reproducciones de pinturas con árboles otoñales. Los nombres de los árboles evocan paisajes y estaciones. Y hay una emoción de tiempo que indudablemente nos penetra. La lectura y la composición van por caminos paralelos. No se confunden, se ilustran mutuamente. El alumno, al interpretar a los autores, empieza a encontrarse en la intimidad de sí mismo. El maestro enseña al niño a desdenar la ostentación ampulosa, los falsos sentimientos, la afirmación engañada. Corrige, más que en el papel, en la mente del alumno la línea mal trazada. Muestra la obra viviente en el estilo, siempre animada y expresiva. En esa obra el niño ahondará el idioma. Pongámosle ante memorables páginas escritas, hagámosle habitar en la mente de quien las escribió. La selección, tan delicada, del libro de lectura, no es únicamente del libro de lectura, es de todos los textos de estudio. Sólo los sabios en la claridad de su materia, logran escribir eficaces libros elementales; libros elementales de segura ciencia donde puedan estudiar al mismo tiempo el ignorante y el erudito. Cierta alarde de falso experimentalismo convirtió la escuela en odioso museo de pájaros disecados; el arte, en la evocación del poeta, hace que el niño los vea vivos, en el campo, en el aire luminoso, en la voz del maestro; que los ame. Alguien creyó conveniente convertir la clase de lectura en repertorio de temas científicos interesadamente tratados. Lean, el niño, las páginas más bellas; el joven, los libros más sabios, los tesoros eternos, en la hora en que despiertan las vocaciones y el alma es dócil y pura.

La lectura sólo interpretada cuidadosamente en la escuela educa y aquilata la capacidad del niño. La escuela necesita una serie progresiva y ordenada de textos. Interesa que se plantee sagazmente el carácter de la lectura en las escuelas y se le dé una finalidad elevada. La enseñanza de la lectura, de la buena lectura, en que se forja el espíritu y se aprende el habla, propenderá a ser de interés creciente. La enseñanza de la literatura y de la lengua es inseparable de la sabia explicación del texto de los autores; del buen comentario comparativo, de la edición esmerada.

No se podrá hablar cabalmente de un texto sin haberlo estudiado. Todo texto encierra dificultades y secretos. La dificultad más grande estriba en llegar a sentirlo, a seguir al autor ilustre en donde estuvo, a incorporarlo como una savia a nuestra sensibilidad, a vibrar con él, a dominar desde sus palabras, la extensión que él domina, a encontrarse uno, al entenderlo superado por uno mismo. Un texto, en su sentido total, no se abarca fácilmente porque está constituido por palabras acentuadas con ritmos, emociones, sentimientos dominantes, estados espirituales que se intuyen y se advierten antes de ser debidamente interpretados. Se intenta el dominio del texto por aproximaciones sucesivas, enriquecidas por la experiencia, sin que se llegue nunca a la definitiva; al leer se ensaya entender, identificarse con la expresión primera; sin el comentario que se inicia con el hecho de leer, la obra educadora no se consigue; este trabajo de la inteligencia, de la investigación en el idioma, en la realidad histórica y en lo íntimo del ser, entrega al estudioso, con la belleza literaria, el saber, el sentimiento, el arte, la multiforme sonoridad que transmiten las obras eselarecidas. El paulatino comentario de un texto, de su intención, de sus relaciones y sus ámbitos constituye la preciada disciplina de acostumar a entender justamente, a leer lo que está escrito y no lo que nosotros creemos; da a la educación su precio al ennoblecer con el hábito adquirido de preguntarse y de indagar para responderse.

En todos los pueblos de nuestra tradición grecolatina existió una verdadera dedicación a la buena lectura escolar. Como advierte el historiador, los poemas homéricos eran los libros escolares por excelencia en la formación del joven griego; los más grandes libros, tesoros los llamaba Sócrates, leídos por los niños, como obras para la clase —de ahí su nombre de clásicos— fueron caudal moral y estético perdurable. El

comentario de los textos es tan antiguo como la tradición del arte; los retóricos latinos hasta Quintiliano, recomiendan constantemente que se ponga en manos de la infancia los mejores autores, los que adaptados a las restricciones que impone la niñez, fueron educadores de las generaciones; no sólo se les estudiaba y desentrañaba su sentido, sino que, para entender mejor el discípulo los secretos del estilo, copiaba y aprendía el texto. La literatura puramente infantil es relativamente nueva; antigua en los cuentos del hogar, como entretenimiento e incentivo de la imaginación, recoge en la Edad Media la mitología céltica y germánica, el apólogo y el cuento oriental, convirtiendo en novelesco cauce la pedagógica fuente de las fábulas de Esopo y desvirtuando en la aventura quimérica, el poder educador de aquellas enseñanzas envueltas en el velo del apólogo. No seré yo quien niegue la fascinación de esta mitología que seduce con el prestigio de los cuentos de hadas, que crea el paisaje donde vagan los personajes míticos, niños, animales razonantes; que poetiza con el verso las fábulas y adquiere nueva vida en el siglo diecinueve con los bellísimos cuentos de tanto imaginativo artífice; lo que es bello es siempre instructivo. Pero el acercamiento a la difícil belleza verdadera tiene muchas formas, y en la selección de lecturas infantiles tendremos presente, no sólo la ficción, sino también el estímulo que educa la razón y despierta la inteligencia. Nadie olvida algunas obras encantadoras de los tiempos modernos que son la delicia de los niños, podríamos enumerar buenos libros de esta especie, para que resalten al lado de una literatura infantil menos lograda, objeto de entretenimiento inmediato, que no ha nacido de la inspiración popular ni de la creación artística, que invade, no solamente el hogar, sino también las aulas, y forma bibliotecas de circunstanciales libros de lectura inocuos o falsos y aun corruptores que interceptan la comunicación del niño con los ineludibles maestros, con las fuentes educadoras de la conciencia, con los modelos que despiertan nobles designios, sentimientos perdurables.

Leer es pensar, descubrir el pensamiento ajeno, estudiarlo, no engañarse y creer entenderlo antes de tiempo o dejarse arrastrar por interpretaciones inciertas. Esto no quiere decir que no ceda al ritmo y a la belleza de las palabras, a la sugestión de una magia oscura en que el poeta y el místico se expresan y a veces apenas se entienden, que no se entre

gue en gozo irreflexivo a la intuición repentina. Para este gozo que el lector, ya sabio, experimenta, puede ser innecesaria la nota, el misterio de lo casi no entendido nos habla con el encanto mayor de una iluminación incomprensible. Enseñar a leer bien es hacer penetrar en el sentido exacto del texto; que no deje sin entender, dentro de nuestro alcance, ni un pensamiento, ni una palabra, ni una imagen. Que el niño sienta el amor a la lectura y a los libros, a medida que esos libros labren su atento juicio, si ha llegado, en parte, a lo esencial de la realidad que encierran, porque ha tratado de entenderlos en lo limitado de su inteligencia; porque ha visto la posibilidad de apoderarse con el análisis de sus tesoros en el transcurso de la vida. No es necesario leer mucho, se dice, es necesario leer bien y ser crítico de lo que se lee. En los textos escolares la página ligera alternará con la más densa, con la que sea una gimnasia progresiva, con la que despierte el deleite del idioma en pasajes ilustres. No acostumbremos ociosamente al niño a que siempre lea lo fácil, narrativo y agradable; vaya familiarizándose con la lectura que parece pesada y difícil, pero que, una vez estudiada, recompensa el trabajo, porque nos ha enseñado en la fecundidad de la palabra.

Las lecturas de la infancia influyen para siempre; despiertan las vocaciones, perseveran en el mundo interior. En los primeros recuerdos se une a la evocación del hogar y del paisaje la de las páginas que nos mostraron un amplio testimonio de la creación del arte y contribuyeron a la leal observación de nuestro ser contradictorio. Hay en el niño una intuición que le lleva a descubrir lo verdadero y lo bello; alimentar su curiosidad ávida con malas o medianas lecturas es disipar su criterio y arrojarle desamparado en la apetencia de las opiniones absorbentes. Si quisiéramos que el niño se iniciara en la escultura, en la pintura, en la música, no le llevaríamos a contemplar las malas estatuas, los pésimos cuadros o a oír lo que no fuera hermoso. Los modelos literarios hablarán a la sensibilidad, tendrán un valor estético y moral, cultivarán la imaginación y la inteligencia. En nuestro sistema de educación, la indispensable frecuentación de la obra literaria quedó casi enteramente olvidada; y si la escuela no deja un vestigio inextinguible de sano juicio, para que pueda engendrar después el amor al equilibrio, a la sencillez, al buen sentido, será difícil que lo adquiera cuando sus facultades estén formadas.

Sin vacilar, afirmo que nuestro idioma es el castellano, castellano acrecentado con un caudal de americanismos, y empobrecido, en el habla común, por falta de estudio y de lectura de los escritores españoles. Pertenecemos a la gran patria del idioma; la enseñanza y especialmente la primaria, tiende a devolverle, dentro de la evolución histórica, su propiedad y su pureza. Nada más provechoso que consideremos nuestros a los autores españoles, especialmente a los que son el patrimonio común de la lengua. No sé por qué casi todos los libros de lectura de estos años olvidaron que los autores castellanos del siglo de oro y los mejores por la índole ilustre, son modelos indispensables para indagar el idioma y que reúnen méritos de madurez literaria que no podemos menospreciar si no es por recelo o ignorancia. Estudie el niño, estudie constantemente esos prosistas y poetas clásicos y modernos. Nada más antipatriótico que la exaltación del falso nacionalismo literario que excluye de la enseñanza la herencia secular de la sabiduría.

No nos detendremos en quienes opinan que nuestro futuro idioma no será el heredado sino otra lengua que nacerá, como las lenguas romances del latín, de la corrupción del castellano. Se hacen que ignoran, la móvil palabra hablada, las aportaciones locales que a la vez enriquecen las lenguas literarias. El castellano, idioma viviente, seguirá recibiendo en su léxico el nombre de cosas, usos, costumbres, aportaciones y los provincialismos españoles, que abundan entre nosotros más de lo que se creía. Y por sobre las variaciones locales, pintorescas y expresivas, el castellano literario será nuestro idioma. La incertidumbre de su eficacia expresiva está vencida felizmente por la alteza misma de la finalidad deseada. Fuera de graves descuidos nuestros, que debemos corregir, el moderno idioma nos es común con la integridad del habla. No se insistirá en que el castellano que se escribe en la península, salvo el individual estilo de escritores excepcionales, sea distinto del nuestro. Allá, como aquí, se tiende a disponer de la universalidad del idioma. Mientras se trabaje generosamente, con el ahinco de encontrar la expresión de imágenes e ideas que admiren al ser leídas, no temeremos la desaparición del castellano en América. Son los escritores que ahondaron en el arte, no falsamente puristas ni rancios, ni anticastizos, los que devolverán a nuestra lengua su esplendor antiguo, hermoseándola con amplitud moderna. La explicación sabia de unas palabras: "descan-

sada vida", "el aire se serena", ya ofrece el igual pensar no tocado por el cambio en su filosofía poética perenne. La historia literaria y la crítica arrojarán nueva luz sobre los viejos textos. En los estantes convidan a la lectura preciosas ediciones de clásicos universales; nunca el estudioso de la lengua tuvo a su alcance tanta ayuda de intérpretes.

Si las naciones europeas enriquecieron una participación hereditaria, lo deben a la amplitud de su genealogía mental. Las traducciones de prosistas y poetas antiguos y modernos también debieran enriquecer los libros de lectura; así el niño sentirá despertarse su amor por los modelos inmortales; la belleza espiritual de todos es patrimonio del hombre; formemos la energía capaz de recoger el pensamiento humano y no la limitemos en el espacio ni en el tiempo. Lo que dignifica en la elevación moral se adquiere con la familiaridad de lo más noble.

Un cuidadoso manual de lectura para los últimos años de la escuela llevará una reseña biográfica de los autores; indicará a qué siglo y país pertenecen; señalará, también, la edición de la obra de donde se ha extractado el capítulo o poema. Estas indicaciones demuestran que el colector se preocupa en buscar los mejores textos, que tiene conocimientos literarios y bibliográficos y trata de familiarizar a los niños siquiera con el incentivo del título de obras que no pueden quedar sin ser leídas.

Mencioné la selección, los modelos, porque creo que fuera de los libros elementales, y salvo excepciones, en ninguna obra de lectura escolar debiera prevalecer una tendencia; y, dentro de la variedad de los autores, podrían elegirse de distintas épocas. Las obras que han resistido el tiempo serán modelos más perfectos y eficaces de estudio. Porque los libros para niños, para repetir las palabras del poeta, serán flor de flores, *fior da fiore*; estarán formados por elementos preciosos. La explicación del texto con la ayuda de notas es la llave que muestra las escondidas joyas del tesoro literario para que mejor las gusten y estudien. El libro anotado nos instruye con la sagacidad de quien lo interpreta; sólo con el conocimiento y la experiencia se preferirá la página limpia, libre de explicaciones y escolios, tal como el autor la ha escrito.

Enriquece el vocabulario de la lectura el conocimiento de las cosas; los ejercicios de vocabulario, el empleo de las palabras y frases en oraciones y en temas de composición,

facilitan el conocimiento del léxico y del idioma; en estos ejercicios observamos la sinonimia. ¿Qué significa **deber** y qué obligación? ¿Es lo mismo útil que necesario; internacional que cosmopolita? ¿Cuándo o por qué emplearemos casa, cuándo mansión o domicilio? Una antigua y poco seguida tradición latina que no podremos desechar del todo aun ahora, y que llega a su apogeo en el siglo dieciséis, unía por elegancia retórica los sinónimos, cuando creía conveniente, para reforzarlos, y se decía "deber y obligación", "útil y necesario". No dudo que será provechoso que los libros de lectura apunten la etimología de los vocablos, mayormente cuando esta etimología contribuye a fijar su significación. Ningún diccionario de la lengua debe carecer de la etimología del léxico. Acostumbremos a encontrar la palabra precisa. No se trata ya del estudio abstracto y erudito de la sinonimia, sino del justo empleo de las palabras a las que es necesario consultar muchas veces en su origen y en su historia para fijarlas y entenderlas; el conocimiento del vocabulario en la ciencia y en la filosofía es fundamental: si este estudio nos ofrece muy arduo trabajo, no olvidemos que sólo por la dificultad vencida nos formamos y superamos. Las clases de lectura y de estricto comentario, exigen la consulta del diccionario, indispensable mentor en el aula. Familiaricemos al alumno con el vocabulario de los buenos escritores. Los estudios gramaticales en la escuela primaria pueden ser introducción y complemento del estudio de la lectura explicada y comentada: artículos, substantivos, adjetivos, verbos, todas las partes de la oración entran en el juego de comentarios y ejercicios, en una adecuada forma teórica y práctica. El autor de libros de lectura facilitará la tarea con sobrios ejercicios; sin estos ejercicios el libro carecerá de valor. Ordenar o escribir textos de lectura no es tarea para que se improvise; labor refinada, supone no sólo conocimientos pedagógicos sino también literarios y gramaticales.

Para que la enseñanza de la lectura y de la composición sea más eficaz, propongámonos dar mayor amplitud a los estudios literarios, de lengua latina y filológicos, en las escuelas para maestros; propender al análisis del contenido de los textos, al examen del lenguaje animado, viviente, en sus diversas expresiones; al desentrañamiento de circunstancias de todo género que sugiere la obra escrita. Se requiere que poseamos manuales de lectura explicada; que toda lectura

sea explicada. Los métodos de explicación, aun en las formas más elementales, requieren investigadores de fina intuición y de amplia inteligencia, pues no hay actividad que no esté en las letras. La lectura explicada creará una conciencia lúcida en los maestros y los niños; los pondrá en presencia de la creación artística. La interpretación requiere labor minuciosa y continua, estudios delicados que nos llevarán al secreto de la técnica, al conocimiento de la historia de las formas del arte y nos darán la sagacidad que nace del saber por experiencia. Los alumnos que leen y se preguntan traen una colaboración importante. Un profesor eminente se declara deudor, en una amplia medida, de los que fueron sus discípulos; una advertencia sugerida en una explicación de textos, una observación de detalle que podría parecer de escasa importancia, fueron para mí, escribe, el origen de reflexiones a menudo fecundas. Ni el anotador de una obra, ni la tradición continua de intérpretes, llegan a agotar su sentido; una pregunta sugiere un problema, lleva a veces a un descubrimiento, con tal que se insista en la primera intención esencial de la lectura, entender la página que se lee. Así la ciencia de la lectura se aprenderá lenta y laboriosamente.

Empecemos. La nota que aclara el sentido de una palabra; una tentativa de penetración en un texto obscuro, una observación inteligente, ya son un paso. Los pasos sucesivos harán tentar trabajos más complejos. La investigación exige una aplicación asidua y el manejo, por el maestro, de una indispensable bibliografía.

Advirtamos el sentimiento de la naturaleza en los diferentes escritores y relacionemos este sentimiento con la época a que el autor pertenece. La sensibilidad no está en la misma parte en todos los tiempos; la naturaleza siempre fué admirada, pero no en idéntica forma. Un poeta o prosista del siglo diecinueve se complacerá en describir el paisaje por su belleza misma; un autor del siglo diecisiete o dieciocho no lo contemplará en igual dirección y detenimiento. La sensibilidad delicada que hace admirar la creación, se ha difundido renovada. El lector compartirá con el poeta este recogido acercamiento a las cosas. No sólo el sentimiento de la naturaleza preocupa al maestro; en el alma del niño hallan acogida los sentimientos nobles, todas las formas del altruismo. Detengámonos un instante en la patria, sin que ocurra confundir el texto de lectura con el de historia. Sólo

las páginas de los buenos historiadores pasarán a esta clase de libros, ya que un texto de lectura tiene como fin el perfeccionamiento literario de la niñez, el conocimiento del idioma en la selección de excelentes modelos. Encontraremos trozos que pinten nuestros paisajes, que los muestren en el respeto a su belleza, que evoquen nuestra vida heroica, civil, científica, y descubran el sacrificio, la abnegación de nuestros grandes hombres. Estos próceres pueden ser estudiados como caracteres; el modelo servirá para los ejercicios de composición. No olvidaremos que la virtud más eficiente está en la jerarquía de la obra construída; que una acción vale por el móvil que la inspira.

Un libro de lectura no será complemento de la vulgarización de las ciencias; su propósito primordial es enseñar a leer bien y a ilustrar lo que se lee. Esto no quiere decir que no se haga meditar al alumno acerca del alcance científico, moral, de las páginas. La lectura de los sabios será indispensable en la formación inspirada y respetuosa de la inteligencia; los sabios están entre los grandes escritores; el poeta verdadero también es sabio. Mucha sensibilidad requiere un libro de enseñanza gramatical, del estudio del idioma en los textos. Una narración, una descripción, un diálogo, obedecen a un plan, a una impresión fundamental. Incitemos eficazmente al niño a descubrir esa idea secreta; a seguir su desarrollo y ver cómo llegó el autor a expresarla. ¿Cuál es la originalidad del capítulo? ¿Qué es lo que quiso decir el autor? ¿Cómo lo dice? ¿Cómo ordenó las partes de su trabajo? Imaginemos el combate de don Quijote con los molinos de viento. ¿Cuáles son los personajes principales de esta narración? El diálogo del caballero y el escudero servirá para que el niño precise los caracteres. El análisis sintético del carácter de los héroes de un relato es indispensable. ¿Cómo ve el acaecimiento don Quijote? ¿Por qué lo ve así? ¿Cómo lo ve Sancho? ¿A qué se debe, ya que en su imaginación está contemplando don Quijote los molinos, como si fueran gigantes, que no le arredre la batalla con tan desaforados monstruos? ¿Por qué los combate? ¿Con qué clase de armas pelea? ¿A quiénes pertenecieron? ¿Cómo eran estos molinos de viento? ¿Qué nueva significación les ha dado la posteridad al convertirlos en símbolos?

La función esencial está en crear el orden en el caos. No podrán alcanzarlo los que tienen la superstición del na-

tural talento. Halle la raíz de la dificultad el maestro, compare, haga descubrir la doctrina, el error, la errata, la falta, la tenaz vulgaridad del trozo; claro está, si no fué debidamente escogido. En una descripción podemos confrontar las imágenes con el paisaje, con la pintura; en la narración y en el diálogo colocar al niño como personaje o interlocutor, hacer que piense cómo hubiera de conducirse al hallarse en esas mismas situaciones; aguzaremos así su facultad de reflexionar y de observar. La lectura, en éste como en otros casos, será un incentivo de la composición. El alumno aprenderá a observar directamente y a ver cómo los mejores autores observaron la realidad, cómo la han pintado, cómo la han sentido; empezará a distinguir una imagen visual de una imagen auditiva; encontrará las palabras indispensables que den la noción inmediata o escondida de las cosas; descubrirá las afinidades de los hombres de diversas regiones y tiempos, una inspiración común en todas las artes.

Sabios, los antiguos atenienses cuidaban de que ningún niño pronunciase imperfectamente. Leer y pronunciar bien es signo de distinción y de inteligencia. En América se advierte la pronunciación descuidada de los primeros pobladores; sería injusto dejar de reconocer el esfuerzo de la escuela que ha depurado, en estos últimos años, la pronunciación, especialmente en provincias. Los estudios de fonética podrían uniformar y mejorar la pronunciación común, si se les prestara mayor atención en las escuelas. Excelentes maestros dieron reglas para la lectura artística, reglas que pueden compendiarse con la palabra naturalidad. El dejarse llevar al leer por una sonoridad elocuente no es un defecto cuando el autor nos arrastra, pero constituye el peligro de convertirse en hábito, como quien se acostumbra a declamar con entusiasmo falso; el leer siempre con voz abultada no compensa el silencio en que la atención reconcentrada entiende. Consideramos leer artísticamente el coronamiento de leer bien, de penetrar en el sentido del texto. Una repetida lectura meditativa e inquisitiva es el primer paso hacia una buena explicación; se puede decir que un texto laboriosamente leído está ya casi comentado. Es necesario para ciertos autores hacer resaltar el valor de la puntuación, con su historia y sus intenciones, para la justa interpretación de lo que se lee.

Huyamos de una enfática literatura escolar. El falso lugar repetido adquiere, en algunos libros, persistencia desalentadora;

exaltamos los designios más aparentes y, en lugar de hacerles amar las cosas simples, desvirtuamos su mérito; la descripción se transforma en elogio; el elogio en hipérbole; la afectación aleja la exactitud y la lógica. Volvamos a la sencillez, a la claridad. Lea y relea el niño, relea y comente el maestro, la página decantada por el tiempo; enséñenles la sencillez y la claridad a ser sutiles y penetrantes. La actualidad no es siempre útil para la escuela; demos al alumno la línea depurada por los años; que encuentre, al leer, la emoción de lo que perdura; el vínculo que liga a los hombres en el transcurso del tiempo; sienta la veneración por los maestros; aprenda el arte difícil de apreciar; no caiga en la negación continua; donde no prevalece la perspicacia crítica que medita, mide y pesa, existirá un estéril remedo de la moda cambiante, no verdadera penetración en el hallazgo del arte seguro.

La lectura de los poetas es la primera iniciación estética de la niñez. No privemos a los niños de los bellos poemas. La poesía, el ritmo melódico, afinan la reflexión y la embellecen. El niño puede leer los más hermosos versos; si no los entiende del todo, si no los siente en su hondura, los conservará en la memoria, irá descubriendo su sentido con el tiempo. Las palabras de los poetas quedan en su lenguaje absoluto, nos van hablando. Creemos el ámbito de cada poesía; hagamos resaltar el sentimiento dominante, las imágenes, el ritmo. Los niños, menos sentimentales que nosotros y quizá más observadores, prefieren sus poetas predilectos, los fabulistas. La lengua castellana no tuvo la dicha de poseer en su madurez un sabio poeta de este género penetrado de ingenuidad, de cautivante ironía, de dulzura y riqueza comunicativa; Samaniego, afortunado traductor e imitador de fabulistas franceses e ingleses, no está del todo desamparado de la gracia; su verso, onomatopéyico, ligero, variable, expresa el movimiento con facilidad, da la impresión de la realidad casi fotográficamente. Si Iriarte parece menos poeta, es fino e ingenioso. Sus fábulas, quizá demasiado didácticas, traen una enseñanza preceptiva inolvidable; como dice Quintana "la pureza y propiedad de su diálogo interesan y agradan"; leerle es un ejercicio de arte menor, un acicate en la variedad de metros. ¿Quién no recuerda sus versos aprendidos en la escuela: "Esta fabulilla, —Salga bien o mal...", y tantos otros? Los niños podrían repetir, con el poeta, una de sus fábulas a los que les dan malos libros,

libros que abundan en niñerías por ser para la escuela primaria, el reproche del humilde jumento a quien el injusto dueño alimentaba con paja y le decía: "Toma, pues que con esto estás contento", hasta que enfadado el asno le replicó "Dame grano y verás si me lo como".

Falta irremediable sería no acercarse desde niño a la obra de los grandes creadores. Por difíciles rutas del trabajo que quiere ser puro, por un camino de superación interior, tratamos de hacer posible el encuentro en el fervor inenarrable de la poesía. Si no lo conseguimos no dejamos de reverenciar en los demás esta participación, por medio de las letras, del orden del universo visible y de su otra realidad invisible. La sincera experiencia intelectual, va abriendo vías, renovando nuestro ser, haciéndonos ver, en la continua labor misterios insospechados; crea un estado de gracia. Nadie puede sorprender el acto misterioso de la creación, la crítica se esfuerza por tratar de explicarlo, de analizar sus elementos y mostrarlos en su complejidad viviente dentro de una época inspiradora; en una época del tiempo vario se elabora la obra individual. Intuición casi milagrosa necesita quien quiere salvarse de un período infructuoso. Por eso la escuela pone al niño frente a las obras de los siglos de arte más depurado y le enseña a entenderlas. El largo estudio de nuestro patrimonio intelectual impele a superar la insuficiencia de su tiempo.

No se puede gustar de la hermosura del alma y del mundo, sin esta amorosa perspicacia que todo alcanza. El orgullo y la impaciencia, no escuchan; no ponen el oído en las voces de la insobornable pregunta o de la estrofa; no las descifran donde están en su vida; las apartan de su lugar, les quitan el ser, si alguna vez las miran. En la obra literaria hay secretos substanciales, en parte traídos por la conciencia y en parte creados por sí mismos por la afinidad y el dinamismo de imágenes e ideas; imponderables partículas se precipitan, se organizan, en la síntesis creadora; la riqueza espiritual les ofrece la posibilidad de brotar desde las inagotables reservas humanas. Esperan el toque de los días claros en las oscuras profundidades. El ardor de belleza, acrecienta este deseo que asciende de nosotros, ansioso de llegar a los espacios de gozosas claridades. Duro camino el del comienzo, entre tinieblas, con caídas, extravíos y hallazgos. Lo recorrió un poeta, un sabio, para traernos en la

palabra escrita un testimonio que al vibrar en el alma la enciende.

La influencia de las letras en su eficacia civilizadora, como el tañido de una cuerda órfica, nos llama en nosotros mismos, lleva en cada sílaba el misterio de la espiritualidad de su origen; su afinidad con la poesía, insigne. Se eleva con el estudio hacia la idea de sí misma, a construirse en su calidad de arquitectura que ha de realizarse laboriosamente intuída. La poesía que todo lo abarca y encierra, nos dió también la noble concepción de patria; ya dijo el errante Odiseo: "yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria". Con nuestra secular herencia recibimos el estímulo que ha de unirnos para trabajar por la perfección intelectual y, por tanto, moral del joven. Ese gran amor lima las pasiones y pone en este centelleo de aptitudes heredadas la suma de las conquistas universales del trabajo de generaciones de una síntesis renovada. Vendrá el día en que de nuevo en nuestras escuelas, revuelen en enjambre armonioso los hexámetros junto a los versos de nuestros poetas. ¿Quién creará que pueda darse por no actual lo que está en las columnas áticas? ¿Quién se atreve a negar lo divino? Nuestra obra es de continuidad; todo estudio tiene vitalidad transformativa. Que en este hallarnos a nosotros, en que se funda la paz interior, podamos conciliar el ritmo del trabajo común en la obra entrañable.

Mientras la apreciación de la calidad de los libros esté en manos indiferentes que no se dedicaron al estudio de la excelencia literaria y, por tanto, del pensamiento, no contribuiremos, en nuestra esfera, a la formación de la conciencia pública, a la educación de las aptitudes.

¿Qué leerá la masa inmensa si la escuela primaria no ilustró su entendimiento? ¿Qué amaré y admiraré si no le he inspirado amor y admiración? La lectura de lo irracional, de lo despectivamente escrito, es veneno quizá engañosamente agradable en el labio del alumno. De ahí las generaciones acostumbradas a hablar y a escribir sin responsabilidad ante sí mismas. El maestro hace visible el contenido de una página, lo desarticula y lo analiza, muestra la solidez de cada una de sus partes, la verdad o la falsedad de una afirmación discutible, enseña a dialogar, a discernir, a escribir; descubre al niño lo deleznable de la improvisación, el poder de la atención, de la observación; le hace respetar lo

que es hermoso. Está integrando la realidad universal del hombre.

Enriquezcamos con lo mejor de la consagrada herencia las bibliotecas escolares. Acostumbrémoslos a consultar asiduamente los trabajos de investigación, tendientes a la explicación de textos, que se publican en revistas filológicas. Formemos una curiosidad llena de interés y de simpatía por estos estudios, tan nobles. No olvidemos que sin letras clásicas ninguna educación se perfecciona. Dediquemos un religioso cuidado a las letras antiguas, sin desdeñar el rico contenido de las literaturas modernas. Iniciemos al niño con el amor en el estudio de la creación artística que es esencial decoro de un país integrado. Las intenciones, el frenesí de impacientes métodos, se olvidan, pasan. La obra pura queda para ser estudiada, la obra mantiene el constante ejemplo. El trabajo empezado nos llama a continuarlo, da a nuestra vida un sentido moral que no se alcanza con proyectos que no se cumplen o con ambiciones de goce inmediato. Pongamos la suprema ambición en el minucioso trabajo perseverante. Engrosemos la legión de los que manejan instrumentos de precisión imponderable, de los que sienten la vibración ética y estética, y dan a la época en que viven su irradiación permanente.

Sorprenden gratamente, a quien llega a un lugar, la amistad de quien lee por agrado, por necesidad de penetrar en la página bella; encuentra el gozo de participar continuamente del saber y del arte. Bibliotecas minúsculas, a veces grandes y suntuosas, atesoran en la aldea o en la ciudad tradicional, su parte del acervo de las letras. Imprescindible labor es la de crear y sostener estas casas abiertas a quien quiera instruirse y a formarse en contacto con la ciencia y el arte; al ofrecer al joven la posibilidad de encontrar el guía que lo conduzca y le descubra su propia vocación y hacerle participar activamente de la obra del escritor y del sabio.

Dijimos bibliotecas minúsculas, bibliotecas que empiezan y atraen con el amor de indispensables volúmenes, al estudiante, al lector curioso, que van, de página en página, descubriendo que el límite se dilata, y en el silencio de la noche de provincia quizá se detienen a meditar una línea de insigne filósofo o ven animarse una imagen homérica. Los libros fundadores de estas bibliotecas serán cimientos de la arqui-

tectura prefigurada que abarque las regiones esenciales que integran la experiencia humana.

La biblioteca no puede desentenderse de la calidad de su material de lectura y de las personas a quienes lo ofrece, es decir, del libro y del lector. Aspirará a tener excelentes libros, sin olvidar nunca los mejores antiguos, a formar lectores perfectos. Cuando allegue un conjunto de lectores que penetre en el contenido de las obras, y se enriquezca más íntimamente con la materia viva arrancada de cada palabra, de cada idea, habrá pasado del estado preparatorio e informe al estado de orden y de jerarquía, convertida en laboratorio, en aula donde enseñan y deleitan eficaces propulsores intelectuales. No importa que el ciclo que acabo de esbozar no se cumpla cabalmente. Es necesario proponer un fin difícil de alcanzar para ir valorando las tentativas, los pasos que tienden al objeto alejado, el deseo de acercamiento, y crear la certidumbre de que el mezquino espacio que parece circunscribir se extiende a medida que al instruirnos nos fortalecemos; que la instrucción adquirida en la observación y la lectura es estímulo moral que nos transforma y nos lleva a intuir desinteresadas y definitivas nociones.

El libro comprende no sólo esa variable cantidad de pliegos encuadernados, de papel impreso, que abunda; es tesoro acrisolado en caudal sin merma o instrumento de trabajo. Aun las obras elementales y de entretenimiento, si son meditadas, traen su partícula áurea, encienden un destello estético, iluminan una zona de la fantasía adonde volver nos es grato.

El amor a los libros, a los buenos libros, obliga a releerlos. La lectura, esa sucesiva penetración inteligente en el texto y el intento, en el asunto y en la elaboración de la obra, nos hace extraer con provecho la mayor parte posible del material acumulado en sus páginas. La verdadera lectura, impregnada de sentido crítico, ejercita en continua interpretación y relectura. El lector común lee y no estudia, lee casi en vano, sin selección ni discernimiento; pasa por el libro sin haber meditado, sin resolver, para entenderlo, las dificultades del texto. Tratan los maestros y eruditos de formar lectores concienzudos que, según el consejo antiguo, lean y releen. Despiertan el amor al libro, al generoso libro, y de ser posible, al ejemplar bien impreso. Nada parece tan precioso como la irreprochable impresión de los libros. Es fruto de la sabiduría del Renacimiento que aún en pueblos

casi oscuros se hayan impreso admirables obras. Con infatigable sapiencia propia el humanista era también tipógrafo dedicado con paciente esmero al trabajo de imprimir el texto difícil con la irrenunciable depuración del entendimiento.

En la continuidad del saber adquirido y en la realidad permanente, el estudio, cada vez más intenso, de la obra de arte y de pensamiento, la amplitud investigadora, nos llevan a una convicción definitiva de la nobleza educadora de las letras. Se dijo que una acción que nos embellece interiormente, un triunfo moral logrado en nosotros, mejoran nuestro estilo. La palabra llena de significación, el prestigio que convence en la frase, el tono, el ritmo, nacen de un estado de sensibilidad, de compenetración con el tema, de amorosa sabiduría. La sinceridad, tan difícil de alcanzar, según como se la entienda, no brota, en impulso espontáneo, de incontenidas pasiones; viene del propio conocimiento, del análisis, de la cabal certidumbre; es resultante de imprecisa labor, de sucesivos acercamientos, de la responsabilidad ante nuestra conciencia, de la riqueza de indagación exigente, de la inteligencia que al descubrir valora.

El sagaz y atento ve en los autores lo que no advierte quien no se esfuerza por penetrar en el sentido histórico y actual del idioma de los textos. El desmedro de la capacidad de leer, de apreciar la calidad y el arte, el odio a la obligación de mantenerse en disciplinas que exigen, para ser adquiridas, indagación constante, hacen nacer la superstición formal o el desdén a la lengua que recoge el pensamiento. Por eso algunos la quieren como si fuera, lo que nunca fué, ídolo inmutable, y otros como instrumento fácil del hablar inmediato.

La transformación natural, el acrecentamiento artístico e intelectual de un idioma están en función del incesante modo de sensibilidad, de preferencias, de corrientes literarias, de concepciones científicas, filosóficas, del amor a la novedad, y, sobre todo, de la estimación de los supremos valores. Hay un noble idioma literario, herencia la más cuantiosa, y un idioma familiar y vulgar. El idioma varía de una extensión a otra, de una aldea a otra aldea; presenta dentro del regionalismo el mapa pintoresco. Una novela popular andaluza no tendrá el mismo léxico de una novela popular mejicana. Existen multitud de variaciones de léxico, dentro de un idioma en cualquier lugar geográfico. Dos personas pueden crearse un vocabulario para su uso.

La literatura española del siglo de oro participa en algunas formas de la riqueza del habla común y popular. En la obra literaria la más fina, se ve el deleite con que el escritor se entrega a esta veta de viviente ingenio. Hay escritores, no vulgares, altísimos por la frescura y el ritmo, que aprovechan la vegetación del habla popular y regional en el teatro y en la novela. Lo popular adquiere diversos grados según el arraigo de la delicadeza expresiva en el pueblo. Nadie confundirá el delicioso sabor de bellas obras regionales con su imitación rastrera. La auténtica poesía popular pertenece a la madurez de un arte musical y refinado. Lo vulgar, lo plebeyo, interesan al filósofo y al humanista, son materia de estudio. En el lenguaje se mide el estado de sensibilidad y de inteligencia del individuo o de un medio social. En el mapa de un idioma, el campo de la expresión es variadísimo. Quizá ahora menos que antes. Hoy la ciudad invade el campo y quizá llegue a secar el lozano brote del lenguaje que vive en contacto con el trabajo de la tierra y los oficios. Las máquinas, la creciente penetración niveladora, transformarán el léxico de agricultores y caminantes. El idioma es fuerza viviente, no en sí propio, sino en la inteligencia de quien habla. El pueblo lo enriquece en la medida de su capacidad; le infunde su vigor pintoresco y le comunica sus fluctuaciones. La obra de grandes escritores sabios en su arte lo eleva al plano de las concepciones universales, desde la palabra henchida de significación donde se abre paso la expresión de nuestra persona adquiere, en la proporción de los valores, otra eficacia expresiva. Estos planos se confunden frecuentemente. El idioma en esas dos fases estará perturbado por la indiferencia. Corresponde a la escuela y al sentido de la expresión descubridora devolverle el ritmo vital excelente. El riesgo del castellano en América está en empobrecerse, en vulgarizarse en el estancamiento enemigo de la dificultad, en convertirse en poco apto para la expresión pensada. No se admite que exista una rigurosa capacidad intelectual con un idioma mezquino. Este admirable instrumento que es la lengua literaria, laboriosamente enaltecida por insignes artífices, nos obliga a conocerla en los mejores períodos de su historia, a amarla y aceptarla en calidad de precioso patrimonio. La dignidad de la creación artística, nunca ajena al humanismo y a la grandeza interior de los que hallaron y se sobrepasaron, nos llama a no admitir confusiones que nacen de la falta de eficiencia intelectual, y

a encarar resueltamente la enseñanza del idioma literario, que compartimos con el anhelo de entendernos en una influencia activa. Así se entrará en la familiaridad de los estilos, en distintas épocas de la creación literaria, del material expresivo. Como no es posible, y es a veces innecesario, que los alumnos lean y analicen libros íntegros bajo la dirección del profesor, la eficacia del buen iniciador es insustituible, se utilizarán explicaciones excelentes. Es más provechoso un curso de literatura fundado en el estudio de textos de una antología que ponen al alumno ante la singularidad cambiante de la expresión, en los diversos siglos, y le enseñan más en la ciencia de la lectura, que el conocimiento trivial y argumentos de obras, de cuadros sinópticos, de esquemas muertos y de la hablilla anecdótica de los autores. Lo que se necesita es la apreciación de los autores, la explicación por medio del conocimiento de la vida, de cómo han vivido, concebido y creado la obra literaria. Se otorgará primordial importancia a los escritores de calidad comprobada. El ideal de esta enseñanza está en familiarizar al alumno con los modelos de lengua y no con la cronología y la anécdota. Es la única forma para que lleguemos a conocer inteligentemente un proceso creador. El relato de argumentos de obras, carece de valor si no es para tentar el estudio comparativo de temas y de asuntos. Los modelos serán relacionados según el material literario que se utilizará en el año. La extensión se alcanza con el tiempo, en la hora de descubrimiento, de análisis, de iniciación estética; lo importante es la calidad de los escritos.

La fiel interpretación de los textos lleva a conocer la historia comparada de los temas, la preferencia en elaboraciones del asunto, el plan en sus aspectos comparativos, las corrientes de ideas, la originalidad, las fuentes y reminiscencias, los sentimientos, los caracteres, la representación de las cosas, las imágenes descriptas, el orden negativo, las metáforas, símbolos y figuras; la significación y valor de las palabras, de las palabras vivas en quien las emplea; la riqueza y novedad de vocabulario, el valor expresivo de las partes de la oración, del sustantivo, de la adjetivación, en diversas épocas; el uso de los tiempos del verbo, los neologismos, la introducción de voces, si las hubo, en el cultismo, por ejemplo, la selección, la propiedad, el valor ornamental de las palabras, los galicismos y el porqué de su uso, los americanismos, la narración, la descripción, el diálogo, la forma positiva; las frases, la evolución de la frase y del período

en nuestra lengua; la frase artística; la construcción regular o figurada, la armonía y movimiento de la prosa, los ritmos, la intensidad, el tono, la sobriedad, la extensión del período; la prosa de clásicos castellanos y de autores modernos; la claridad, la obscuridad premeditada; el preciosismo.

La sabiduría lleva a la unidad; y la obra literaria se explica por sus relaciones con la pintura, con la arquitectura, con ideas filosóficas y científicas, como una faz de la creación del pensamiento activo. El estudio de la obra literaria es inseparable del conjunto del arte. Unas líneas de un escritor insigne, como un rasgo de pintura, traen la resonancia del tiempo en que fueron escritas, transmiten esa resonancia a las generaciones y le otorgan el privilegio de la inmortalidad. Enseñemos a descubrir la flor de la inteligencia en esa labor minuciosa y admirable, que se acrisola y se vuelve maestra de sí misma, meditación que purifica la turbada conciencia. Cuando el joven estudia y traduce escritores y poetas antiguos, que fueron hombres ilustres, está en presencia de quienes alcanzaron lo perfecto, creadores de un ámbito de humanidad luminosa, de artistas que trabajaron el pensamiento hasta llevarlo a la expresión acabada, de maestros que enseñan normas de vida, no ajenas a la realidad trascendente, e inducen a obrar con lo mejor de nuestro ser. La palabra y la acción insignes, sólo nacen de personas insignes. Los libros son forjadores de almas. La literatura de entretenimiento si carece de arte es algo exterior, simple e irreal juego de la fantasía vagabunda. Millares de libros repugnan a la razón responsable, carecen de aliciente educador y estético, casi no merecen ser leídos, nada esencial agregan. No mejoraron, haciéndoles descubrir un camino, a sus autores. La obra literaria, la más breve, nace de una experiencia interior, de una elaboración vital y sabia. Se escribe como se puede y se sabe. La obra difícil de ser alcanzada, empresa heroica, transforma a quien la concibe y la crea, fiesta del espíritu, superación vencida, y angustia, en su metafísica, ante el descubrimiento que, para expresarme con el místico, no «basta ciencia humana para saberlo entender ni experiencia para saberlo decir». La sabia crítica contemporánea, la de los investigadores de la poesía pura, se acercó al misterio de la creación poética, hallazgo feliz de la intuición y del instante, desentrañado por los grandes líricos. No es el estudio sólo de los tesoros literarios, educación filológica, atenta a la gramática, al conocimiento del idioma, a la historia; es también disciplina moral y filosófica, venero de ideas con-

frontables con las nuestras, de mitos en su origen poético. El escolar, al verter el texto latino, ve aparecer multitud de aproximaciones; traslada sin deformar el pensamiento, ni empañar la imagen o deslucir el estilo. Da profundidad a su léxico, renueva su expresión aquilatando la ajena; va creciendo con el modelo que interpreta y traduce; adquiere el inapreciable anhelo de la exactitud y la claridad; la facultad de ponderación, de equilibrio, de orden. Penetra en la convergencia de ideas universales; conoce el valor de nobles virtudes. Quien las conoce fortalece su ánimo. La flexible educación literaria, en su sentido rigurosamente clásico, constituye el primer elemento de toda ciencia. Las cualidades morales se perfeccionan en difícil y constante esfuerzo; los grandes escritores fueron los que las han hecho amar. Las vidas transfiguradas por un ideal nos impulsan a sobrepujarnos, nos revelan la posibilidad de los propios valores espirituales. Las letras realzan esas joyas de la experiencia y la sabiduría, las pulen, las embellecen, las convierten en una seducción irresistible. El saber por saber si llega verdaderamente a ser saber engrandece su finalidad inmediata. Pero ese «saber», ¿cuán más hondo es que la información que poco cuesta, y esas letras en que se encuentra cómo se llenan de la significación que fluye de una mente esclarecida! La valoración imperfecta confundió, no sin misterio, lo bello con lo útil. Lo bello es lo más útil por su poder enaltecedor. La hermosa palabra, alvéolo donde el pensador destiló esencias preciosas, ofrece el brillo de su significación, la gracia de la imagen, la riqueza de contenido, la veracidad del sentimiento. El bajo relieve antiguo educa con la armonía y pureza de líneas, con la idea que habla en el mármol. Una estrofa recoge el espíritu en lo imperecedero. Lo bello, la más noble creación del hombre es la superior didáctica en la jerarquía de este concepto. La hermosura, la magia de las letras, operan la transmutación de la ignorancia primitiva en la claridad creadora del entendimiento. El arte antiguo, y sin comparación el griego, en su perfección nunca igualada, nos legó la belleza educadora; su diálogo que se detiene en la perfección lograda, y se busca de nuevo en la escuela de su indagación propia. La servidumbre irreflexiva, la ignorancia, son fealdad, y las épocas recordadas que llegaron al pensamiento y a la idea de belleza se emanciparon de límites inferiores, para recoger raras virtudes, en lo más elevado de la aspiración humana, sin solemnidad ni énfasis, con cla-

ra sencillez ática, libre en la ironía alada y en el examen convincente.

La responsabilidad de la innovación exige prudencia austera; levantamos los muros de la nación futura, no solamente próspera, sino esencialmente noble por la calidad conseguida en el esfuerzo, que es lo que en definitiva conforma; por las letras que nacen de un estado de santidad de un culto intensamente elaborado.

La suma está en esa aspiración a ser modelo, en la capacidad de entender, de purificarse, de penetrar en regiones aún no conocidas. La patria se exalta en la universal irradiación ética de belleza, de maestría, de perseverancia en lo perfectible, de amor a lo creado, a la idea y al ser, a la historia y al paisaje, de identificación universal con las grandes almas. La suma está en el espíritu libertado del oscuro egoísmo, luz identificada en el universo, partícula divina, creadora de obras divinas. El agua de Iliso no es sólo visión del continuo fluir, del cristal de la onda, sino algo maravilloso de realidad y de pensamiento; junto a esa corriente escasa se oyeron palabras que dieron jerarquía; allí adquirió valoración indestructible la inteligencia ordenadora. Ese milagro poético y ético, de palabra platónica, de ritmo y de número, de línea de Fidias y de creación científica, son patrimonio nuestro, incorporado a toda ciencia y a todo deseo de perpetua continuación de nuestro entendimiento jónico y socrático, cristiano y renacentista. Por más que admiremos lo pintoresco y lo exótico a nadie se le ocurrirá colocar creaciones folklóricas o extrañas al lado del Fedón, del Fedro, o de la Ilíada. Una palabra común adquiere un sentido insospechado, una manera de decir, como impensada, una representación interior de lo visto o adivinado; encierra la acomodación de la realidad a lo espiritual, sin que las cosas pierdan su esencia; nos lleva a la hora en que nos hallamos con la revelación en nosotros mismos. La persona, en lo que guarda de propio en lo invariable, recoge en simpatía indefinible el universo. El anhelo tocado por este don de sentir tiene en su sencillez la resonancia del alma elaborada intensamente en el tiempo. Esta virtud prolonga la vida de la imagen fugaz, de la sensación desvanecida. En lo hondo del conocimiento, como en el centro de una esfera, lo divergente concierta en una unidad de origen.

Nuestra conciencia tiende a los maestros depositarios de la sabiduría de los libros, confrontada con la dirección de la vida; la intensa labor, a veces de corta vista, de la enseñanza primaria, el trabajo de los investigadores, más coherente cada día, crea, en la extensión de nuestro territorio, nacientes núcleos de lectores; nuestro país está lleno, felizmente, de establecimientos que llaman al silencioso estudio; estos colegios pueden realizar en amor a las letras, en su amplitud, la obra irradiadora que les fué encomendada. La realizarán cuando sean más los que indaguen cuánto se puede conocer en la disciplina que estudian, cuando inscriban su nombre en la bibliografía sabia. La erudición, aunque el que no quiere poseerla la mire como una práctica alejandrina, es la que mantiene los vínculos intelectuales, las conexiones en la historia del conocimiento, la renovación perenne de los viejos textos, funda una escuela de saber, de interpretar, más indispensable en nuestra lengua donde no se estudia la antigüedad y no prospera todavía el anhelo filosófico que crea la metafísica y la ciencia pura. Las bibliotecas colaboran en esta función educativa, si ofrecen instrumentos de eficaz formación intelectual y artística. Toda educación vivifica la parte moral, conduce a la felicidad del ánimo. El buen libro entrega de por sí la llave preciosa de la vida interior. Quien lo lee adquiere la difícil capacidad de obrar rectamente. No se ha de seguir cada nueva opinión por sólo ser nueva, ni se obligará a creer, por desestima de la tradición, por superficial elegancia, lo que no aprueba la eficacia del examen lúcido; bueno es entregarse a la simpatía generosa, hay mezquindad en cerrar los oídos a lo que no sea moderno como si se viviera en una cueva: la lectura frecuente, confrontada y estudiosa de los grandes maestros de todos los tiempos nos lleva a donde el camino para aprender y para iniciarse en el arte no es el de negar el lugar donde no se ha estado, sino el de indagar dónde nos encontramos. Las valiosas obras que están en la biblioteca al alcance de la mano, encierran la suma espiritual de escritores y de sabios —todo escritor es sabio—, que embellecieron el alma con elevadas aspiraciones, con riqueza de sentimientos, con caudal de concepciones entrañadas y adquiridas para siempre.

El lector que disfruta el regalo de su estante con libros propios, que vive la hora de belleza, el delicado instante de

descubrimiento, de confrontación y de análisis, está ensanchando en sí mismo el límite. Al descifrar, conocer y hacer propio el pensamiento de esclarecidos maestros adquiere una nueva existencia.

La emoción que produce una gran biblioteca con el caudal de los siglos y de los idiomas, con la majestad de las valiosas obras, con la curiosidad de los libros raros y el descubrimiento de una infinita labor insospechable, tiene mucho de sagrada; vemos allí el imponente prestigio del trabajo y del saber humano en el antiguo libro y el texto modernísimo, encontramos los tesoros que son la revelación universal de una nación y de una ciencia, de la excelencia del arte en su perduración inextinguible; se piensa al admirarlos en el genio esforzado del hombre y se venera también a los ilustres impresores en la calidad de la nobleza tipográfica.

En la formación intelectual de los países jóvenes la importancia de las buenas bibliotecas públicas está en la amplitud de lo que abarcan, en convertirse en centro de laborioso recogimiento. Es deber juntar allí lo excelente, coadyuvar a la estabilidad y al mejoramiento de esta obra perfectible. En innumerables pueblos personas abnegadas se consagran a crear, enriquecer y conservar bibliotecas particulares o públicas. Tratan de limar la aspereza de las pasiones con la serenidad de la inteligencia; la ambición instintiva con el deseo de alcanzar nobles virtudes, de apagar el odio con la amistad en el estudio. Difunden la ciencia de leer y releer obras insignes, el don de apreciar y de admirar, la virtud de entender y de aprender, y pueblan los estantes con libros que son una invitación a penetrar con amor en la nobleza del espíritu enaltecido donde persiste el descubrimiento y la duración del hombre en las letras.

ARTURO MARASSO.